



JOSÉ MANUEL FERNÁNDEZ

✉ lasleyendasdenuestros pueblos@gmail.com

LEYENDAS DE NUESTROS PUEBLOS

Melegís y el olmo de la iglesia

El dramático final de un sacristán sin escrúpulos, jugador empedernido, que pagó una apuesta con el dinero recaudado en la iglesia

Melegís era el último pueblo que me quedaba por visitar del municipio del Valle y descubrí un lugar lleno de magia y encanto. En el siglo XV fue residencia de la corte nazarí durante un corto período de tiempo, siendo así la capital del Reino de Granada. Fue reconquistado junto con el resto de pueblos de El Valle por el Marqués de Villena y después de la expulsión de los moriscos repoblado durante los siglos XVI y XVII por gallegos y castellanos. Su iglesia, dedicada a San Juan Evangelista, declarada Monumento Nacional, es de estilo mudéjar y renacentista y fue construida entre 1562 y 1567 por Bartolomé Villegas. En 1568 fue quemado el artesonado, siendo reconstruido en 1599, y en el S. XVIII se le añadió un retablo de estilo barroco. Conserva una talla de la Inmaculada de la escuela de Alonso Cano y la imagen de un Crucificado de Perú. En la puerta de esta iglesia podemos observar un olmo con más de quinientos años de existencia en torno al cual gira en parte la historia que les voy a contar.

Porque según cuenta la leyenda, cuando se terminó de construir la iglesia San Juan Evangelista, existía un sacristán llamado Mateo que era gran aficionado a los naipes. Jugador empedernido, de obscena moral y peor cumplidor, se jugaba el dinero, la hacienda y hasta el nombre si hacía falta. Solía volver a su casa al amanecer, sin blanca y a veces debiendo hasta el aire que respiraba. Mateo era un mozo viejo al que los padres, ya fallecidos, le habían dejado una pequeña hacienda que labrar, pero él prefería jugar a los naipes antes que doblar el espinazo y ganarse el pan con el sudor de su frente.

Una noche de luna negra, invitado por un amigo de juerga, se encontraba Mateo en un cortijo cercano a la villa, donde se había preparado una tentadora partida con varios jugadores conocidos y otro que al parecer estaba de paso con destino a Granada y al cual querían desplumar. La partida comenzó y los naipes bailaron su peculiar danza entre los dedos de los expertos jugadores. Las miradas se cruzaban, los dedos tamborilea-



Fachada de la iglesia de Melegís, con el viejo olmo frente a su puerta de entrada. :: MIGUEL SABIO

ban y el dinero cambiaba de dueño continuamente. Así transcurrió la noche y ya cerca del amanecer, la partida estaba señalada: el caballero de oscuro ropaje había dejado sin recursos monetarios a casi todos los de la partida menos a Mateo, que se había mantenido a trancas y barrancas, aguantando cual mástil de jabeque las acometidas del forastero. Y así llegaron a la última mano, en la que solo quedaba el forastero y Mateo. En esta ocasión la diosa fortuna parecía estar del lado de Mateo, pues sus cartas eran inmejorables, por lo que hizo un envite con todo lo que tenía puesto sobre la mesa.

–Me lo juego todo, dijo Mateo.

–Si esa es toda tu fortuna, poco tienes para poder ganarme. Te sugiero que pidas un crédito a tus amigos, le contestó su oponente. Los amigos de Mateo se miraron los unos a los otros y con las palmas hacia arriba indicaron que estaban más tiesos que la mojama. Mateo volvió a mirar las cartas y decidió arriesgarse. Sacó una bolsa de su faltriquera y le dijo al forastero.

–También esta bolsa.

Mateo pensó que con aquella jugada iba a reponer la recaudación del cepillo de la iglesia, que era lo que se estaba jugando.

El forastero lo miró complacido y aceptó la apuesta.

–Veo que no tienes escrúpulos a la hora de apostar. Así me gustan los hombres, sin escrúpulos.

Las cartas se pusieron boca arriba dejando al sacristán sin sangre en las venas al observar las cartas de su contrincante, superiores a las suyas. El forastero recogió todo el dinero de la mesa y con una sonrisa diabólica le preguntó a Mateo.

–¿Cómo vas a explicar mañana a tu párroco lo del dinero del cepillo?

Mateo no supo qué responder. Se quedó sin habla. ¿Cómo sabía aquel forastero la procedencia del dinero que había en la bolsa? Algo extraño estaba ocurriendo.

Ya en la puerta, antes de despedirse, el forastero llamó a Mateo y le hizo una proposición.

–Sé que te has quedado sin blanca y que tu situación va a ser delicada si se entera el párroco de lo que has hecho. Te propongo un trato para recuperar lo perdido y mucho más.

–¿Y cuál es ese trato?, preguntó Mateo.

–Ya que no tienes principios y hurtar a la iglesia no te importa, te pido que hagas una cosa en el altar mayor de la iglesia...

–¿Qué cosa tengo que hacer?

–En su momento lo sabrás.

Mateo pensó que de todas formas ya había condenado su alma al robar el cepillo y que un peca-

do más no iba a cambiar las cosas, así que aceptó a cambio de una buena suma de oro que el forastero le daría si cumplía lo pactado. Solo había una condición que debía cumplirse antes de la misa del domingo. Mateo quiso saber con quién estaba tratando y el desconocido le respondió:

–Soy el señor de las moscas, rico comerciante de otras tierras que negocia con gente como tú. Si no te parece bien el trato, puedes rechazarlo, pero el asunto del cepillo puede llevarte a la cárcel.

La suerte estaba echada. Mateo no podía echarse atrás, así que aceptó el trato del personaje siniestro, quedando con él el sábado por la noche en la puerta de la iglesia para recoger un objeto satánico que le ayudaría a su fin, pero Mateo le exigió un adelanto para reponer el dinero sustraído del cepillo de la iglesia.

–Cuando cumplas lo acordado, le respondió.

Todavía faltaban algunos días para el domingo cuando el párroco le preguntó a Mateo por la recaudación de la iglesia y de su boca salió una pobre excusa que alertó al cura, quien le amenazó con ir a las autoridades si no aparecía el dinero. Asustado, Mateo aprovechó un descuido del sacerdote para asestarle un fuerte golpe en la cabeza con uno de los candelabros

del altar, causándole la muerte. Acto seguido, escondió el cuerpo en la sacristía, donde solo podía entrar él y así, cuando todo se esclareciera, él estaría muy lejos con la fortuna que cobraría del comerciante.

Cuando llegó la hora acordada e iba de camino a la iglesia, pasó por el lavadero y vio a una anciana de pelo blanco que estaba lavando una sabana negra.

–Mateo no deberías ir a la cita y sí ayudarme a lavar esta sabana, que es tu conciencia.

Mateo la miró con desdén. ¿Quién crees que soy, vieja, un lavadero?, le reprochó Mateo, quien siguió caminando. Poco después vio a un hombre de sombrero oscuro que llevaba una bestia cargada con dos serones.

–Mateo, ayúdame con estas cargas... pues son tus pecados.

–¿Quién crees que soy un mozo de cuerdas?, le respondió Mateo, mientras seguía su camino hacia la iglesia.

Una vez en ella, esperó en la puerta hasta que apareció el rico comerciante con el objeto sacrilego entre sus ropajes negros.

–¿Estás listo para cumplir lo pactado?

–Aquí estoy... ¿y la paga?

–Cuando cumplas mañana.

Instantes después el comerciante le entregó el objeto envuelto en un paño de seda negro.

–Mañana nos veremos en este mismo lugar a medianoche y te pagaré una fortuna si haces bien tu trabajo.

Al día siguiente, cuando estaba amaneciendo, Mateo quiso abrir las puertas de la Iglesia con sus llaves, pero ninguna cerradura cedió. Intentó entrar por la parte del cementerio pero tampoco lo consiguió. Volvió a la puerta principal para forzar la cerradura, pero las puertas no se movieron, por lo que Mateo no pudo cumplir lo pactado. La misa no se celebró porque el cura no apareció y las puertas permanecieron cerradas como si una fuerza superior impidiera abrirlas. Ya de noche, Mateo intentó explicar lo ocurrido al siniestro personaje.

–Has fracasado y no has cumplido el trato, así que pagarás por ello...

Con un movimiento rápido de la capa negra envolvió en ella a Mateo, cuyos gritos de pánico nadie oyó. Y cuando el siniestro personaje se retiró dejó en su lugar un pequeño olmo de delgado tronco y una frase en el aire:

–¡Hasta que no logres derribar el altar, ahí te quedarás atrapado, en el tronco del árbol!

Dicen los ancianos del lugar que han tenido que reparar en diversas ocasiones el suelo de la iglesia por culpa de las raíces del viejo olmo, que parecen querer llegar hasta el altar. No os puedo decir qué ocurrirá si lo consiguen, ni si semejante cosa ocurrirá en este siglo.